ASPRÍ THALASSA, MARE INTERNUM, KARA DEMIS, MEDITERRÁNEO. BOSQUEJO HISTÓRICO DEL MAR CULTURAL COMÚN

Hugo O'Donnell y Duque de Estrada Miembro electo de la Real Academia de la Historia.

El Mediterráneo como ámbito cultural

Todas las diferentes denominaciones con las que se ha venido conociendo históricamente el «mar de la cultura» o mejor «de las culturas», de las que se valió a modo de crisol para ayudar a formar lo que en términos poco precisos conocemos como «civilización occidental», hija, acumulación, depuración, mezcla e interpretación de otras que no podemos calificar como «occidentales», son muestra simplemente de una concepción parcial, egoísta, interesada del devenir de la humanidad.

Para otros, el mundo decididamente asiático, en lo geográfico y en lo cultural, es, o debería ser, el centro de la tierra, aunque careciera de ese cinturón acuático característico, herencia prolongada de la tradición délfica del *omphalos*, punto de imputación del pasado, del presente y del futuro.

El Mediterráneo no es geográficamente sino una fractura insignificante de la corteza terrestre, línea arcaica de la geología del Globo, único resto del amplio anillo marítimo, el *Tetis* de los geólogos, que cortaba en dos, entonces sí, y en el sentido de los paralelos, el cuerpo del mundo.

Históricamente no es tampoco el lugar de origen de la humanidad, que parece corresponder a regiones interiores, ni de la cultura agrícola prehistórica, ni del comienzo de la escritura y del arte como testimonio, ni siquiera de la Historia *strictu sensu*.

Hasta el agua dulce parece haber ganado la partida a la salada en el momento en el que se producen los albores de la navegación y el Egipto nilótico precede al Egipto mediterráneo y la Mesopotamia flanqueada por cuencas fluviales a la Siria litoral. Cuando surgen las primeras aldeas oportunistas, pescadoras y recolectoras de frutos del mar en sus riberas, no constituyen sino un aspecto más previo a la revolución agrícola en el 8000 a. de C., de la misma forma que sucede con los pueblos recolectores de tierra adentro.

La tan traída y llevada polémica de la cultura general megalítica de las islas y tierras mediterráneas, que sólo puede tener un origen único y marítimo al estar ya definida en el momento de su eclosión la conformación actual de este mar, sólo parece mostrar un momento estelar, olvidado y en condiciones difícilmente comprensibles y aún no suficientemente explicadas. Otras aventuras posteriores que Braudel incluye en el término

«navegación salvaje», son todo lo más retazos precedentes de lo que luego y sin interrupciones constituirá el descubrimiento colonizador del Mediterráneo.

Hasta el Sexto o Quinto Milenio antes de Cristo el hombre primitivo no se aventura sobre las olas, y hasta el Tercer Milenio la Marina no se convierte en una verdadera herramienta a utilizar en el mar inmediato. El Mediterráneo no será por mucho tiempo sino una consecución de mares que se irán alcanzando paulatinamente.

En todo caso, nuestra civilización ha venido a prevalecer y por lo tanto es en este contexto en el que debemos movernos, por ser también el nuestro: Mediterráneo en el sentido de siempre.

Por ello nos valdremos en nuestra exposición de una sola imagen fija, la de un portulano del siglo xvi, en la conciencia de que en este tipo de planos marítimos, cuya tradición que comparten todos sus pueblos litorales, se remonta al siglo xiii; mapa de sólo el Mediterráneo y lo que le inmediata, política y culturalmente le rodea, para el que solamente su ámbito parece tener importancia, realidad y exactitud, lo demás, cuando figura, aparece hipotético y deformado a la manera ptolemaica.

La llamada del Asprí Thalassa

Un título tan barroco como éste que incluye varias de las sucesivas denominaciones con que a lo largo de la Historia se ha conocido el mar Mediterráneo parece precisar ante todo alguna explicación. Se trata de un recorrido temporal y consecuentemente comercial, militar y cultural en el que el primer término griego *Asprí Thalassa* pretende representar la Antigüedad preromana desde el momento en que este mar deja de ser un medio inmediato de subsistencia o de comercio vecinal, para convertirse en área de expansión, es decir, desde el momento en que se adquiere conciencia, más o menos vaga, de su extensión y posibilidades y unas determinadas colectividades políticas, que pueden constituir únicamente fracciones de otros pueblos más complejos de la misma etnia y cultura, pero dotados de poder decisorio propio, deciden concurrir en su descubrimiento y explotación incluso con otros con los que hoy en día se confunden integrando una misma nación.

Esta atomización inicial de esfuerzos será nota predominante de este vasto periodo, aunque desde que el hombre histórico lo es, ha basculado entre los dos polos opuestos del ideario político representados entre la idea inmediata de la patria chica y el concepto de imperio o dominio universal. Posibilidades siempre presentes y siempre contemporáneas.

La concurrencia, la competitividad, en el mundo marítimo, ha impulsado a tomar decisiones y acometer empresas desde un ámbito reducido prácticamente al mínimo dentro de lo efectivo, consecuencia del escaso desarrollo social de las colectividades primitivas y de las relaciones egoístas y primarias que las rigieron, basadas en la supervivencia.

Esta característica ni es exclusiva de estos pueblos ni privativa de este periodo o de este ámbito, aunque sí predominante.

Las ciudades italianas del Trecento, Cuatrocento y Quiquecento, seguirán también esta pauta, con la consecuencia de convertir su mar dentro del mar en un foco de irradiación del emporio cultural generado por su potencial económico, contribuyendo en forma decisiva en la civilización europea, occidental y en buena medida también universal.

En realidad este fenómeno no se circunscribe tampoco al ámbito mediterráneo. En época medieval e incluso moderna, los puertos atlánticos de nuestra cornisa cantábrica han rivalizado en las pesquerías de Terranova y en la trata de Flandes hasta niveles que rondan la franca hostilidad sin que el poder político común de los reyes de Castilla pudieran evitarlo. El conocido principio histórico del *no peace beyond the line*, concebida esa frontera como línea comercial, es aplicable a todas las latitudes. El mar que une a los pueblos alejados, parece desunir a los vecinos.

De acuerdo con Mahan, una serie característica que afecta favorable o desfavorablemente al desarrollo del poder naval de las naciones es la situación geográfica. Aquéllas con grandes líneas fronterizas están en desventaja respecto a las que no precisan defenderse por tierra ni tienen necesidad o posibilidades de extenderse por este medio. Por ello las talasocracias no tuvieron, al menos inicialmente, grandes territorios: Creta, Fenicia, Cartago, Atenas, Mileto, Venecia... frente a los grandes imperios continentales como el de Alejandro, Roma, Carlomagno... que usan del mar ocasionalmente.

En una guerra de batallas terrestres como la segunda Guerra Púnica, el dominio del mar por los romanos obligó a Aníbal a la larga y peligrosa marcha a través de las Galias, que redujo drásticamente sus tropas veteranas y permitió posteriormente a Escipión enviar por mar un ejército a España que cortó las comunicaciones enemigas y los socorros de Asdrúbal que fue derrotado en el Metauro.

Las potencias antiguas tuvieron espacios generadores más pequeños que las más modernas, reducidos prácticamente a un buen puerto madre y un pedazo de tierra, insular o no, que permite sin embargo, su subsistencia y algún tipo de excedente para realizar el comercio.

La zona generadora no puede ser muy grande; si lo fuera querría decir que tendría otras actividades productivas que elevarían los costes de la actividad marítima, encareciendo el mercado de trabajo y distrayendo la inversión.

La talasocracia ateniense parece haber sido una excepción, si no en cuanto a la extensión, sí en cuanto a sus amenazas exteriores, teniendo que distraer efectivos y mantener un ejército de hoplitas, así como construir una muralla contra sus rivales espartanos.

Los grandes imperios: Egipto, Asiria y Persia y otros pueblos continentales como el hebreo, recurrirán a un medio indirecto, el de dominar, o al menos contratar, a un pueblo marinero, en estos casos el fenicio, para intentar proyectarse hacia el mar, con resultados limitadísimos.

A las exigencias de Mahan, ampliadas y adaptadas más recientemente por Román Perpiñá, se añaden la posibilidad de contar con excedente de productos para intercambio, con una técnica de construcción naval así como de material para la misma y de

infraestructura portuaria, y ante todo, de ese espíritu característico trasendente que Eliseo Álvarez-Arenas define como «mentalidad naval».

Tucídides recoge la respuesta afirmativa de Corcira para formar liga con Atenas y contra Corinto en el 333 a. de C.:

«No es lo mismo rehusar una alianza si la ofrece una potencia marítima que si es terrestre.»

Oriente se desplaza

Los pueblos del Mediterráneo Oriental son desde el primer momento los agentes iniciadores de la navegación y del intercambio.

Egipto comerciaba con Biblos y desde a Alejandría a Siria había establecida una línea de tráfico estable. El Egeo era el ámbito de comunicación con el continente e islas griegas, con la Tróade y con Anatolia, pero hacia el siglo XIV a. de C. todas estas culturas se ven afectadas por la invasión de pueblos indoeuropeos. Tesalia vuelve a la barbarie y Troya, la primera de las nueve ciudades superpuestas que descubrirá Schlieman, fundada hacia el 3000 a. de C. es destruida por causa de pueblos menos evolucionados.

En frase de Braudel todas las luces se apagan menos una que tras una larga noche y durante la primera mitad del Segundo Milenio se convierte en el centro de una amplia red con bases en Melos, Citera, Mileto y costa de Asia Menor y Rodas, y que por Occidente se relaciona con Malta, Sicilia y el sur de Italia: se trata de la Creta prehelénica o minoica. La primera potencia en tener conciencia de la mediterraneidad, siendo a su vez escala obligada entre Europa, Asia y África.

Creta domina hasta donde le interesa pero ante el vacío y decadencia generales no tiene que competir; no concurre y desposeída por los cataclismos y las invasiones aqueas es sustituida en sus antiguas relaciones comerciales y culturales por Micenas, por Tirinto, por Pilos, por Argos y también por una Tebas y una Atenas preclásica.

Coetáneamente, los sirios forman pequeñas colonias comerciales y empiezan, ellos también, a visitar Occidente. Pero en el anterior y en este caso estamos hablando de contactos más que de asentamientos, de relaciones basadas en la paz y la complicidad que exigen el comercio y el intercambio cultural, de capacidad marítima y de transporte por cuenta propia y ajena, pero no de talasocracias. Chipre se suma a estas comunidades.

Una nueva convulsión generada en Oriente viene a repercutir en este mundo mucho más largo aunque igual de ancho y se produce en las bases la irrupción de los llamados «pueblos del mar», cuyo origen sólo se intuye y que acaba con el esplendor de la Edad del Bronce mediterránea. Seguirán siglos oscuros a los que sobrevivirá Egipto y la costa cananea que conocemos ya como Fenicia, la «roja» puesto que *phoinikes* es el término griego con el que se designa a los traficantes en púrpura.

Fenicia, que tarda 300 años en deshacerse de la influencia egipcia, impuesta para contrapesar el imperio asirio, habiendo sido sus barcos empleados como muralla flotante protectora de un imperio mucho más continental que marítimo, pese a sus gestas navegantes pioneras.

Fenicia recupera ahora la tradición de su Biblos remoto y otros reinos de su estrecha franja costera como Sidón y luego Tiro se lanzan al mar como fuente de nuevos recursos, encajonados entre los arameos del Norte, los hebreos del Este y los filisteos del Sur.

Son astutos mercaderes y constructores de barcos de ciudades industriosas que crean y revenden en tres rutas principales: costeando los litorales del Norte, Grecia y sus islas hasta Corfú, canal de Otranto, y por la costa de Italia hasta el estrecho de Messina, desfiladero conocido ya por los minoicos, y el Tirreno; la ruta meridional que sigue la costa de África desde Egipto hasta Libia y África del Norte ante las Columnas de Hércules; y la tercera, el centro del mar, apoyándose en una cadena de islas, Chipre, Creta, Malta, Sicilia, Baleares... Lo que siglos después constituirá la llamada «vía rápida» para la contraofensiva hacia Constantinopla, en tiempos de Felipe II de España.

Para conseguir las metas sucesivas, se valdrán de factorías o etapas; meras bases sin proyección interior.

A partir del siglo xi la colonización fenicia afecta al Mediterráneo Central y Occidental a partir de Cerdeña, y lo trasciende en busca de las fuentes de la plata de España y de los tráficos atlánticos. Gadir hacia el 1100, Lixus en Marruecos, Utica y finalmente Cartago en el 813, el «barco anclado» de la sidonia Dido, la nueva ciudad, que no mera base, que apoya y conecta Gadir con la metrópoli, Gadir por la que el Mediterráneo descubre no ser el único en el mundo de los mares y por la que entrará en contacto con la única civilización occidental autóctona con mayúsculas: Tartessos, cuya fama llegará a oídos de Salomón con quien contacta, a través naturalmente de un amigo y unos buques comunes: los de Hiram de Tiro.

Fenicia se somete a los asirios en el 671 y Tiro cae ante el babilonio Nabucodonosor en el 574, dejando huérfanos los asentamientos occidentales, pero bajo la tutela de un Cartago que ya ha adquirido su mayoría de edad en un momento y en un espacio en el que los griegos han irrumpido ya y por su cuenta amenazando el privilegio minero de la nueva Fenicia y en el que un nuevo y misterioso pueblo italiano, los etruscos, han aprobado su bautismo de mar.

A partir de ahora la concurrencia impondrá la confrontación, como ocurrirá siglos después en América, y como en América también, los conflictos orientales locales se trasladarán al nuevo mundo, existiendo siempre interrelación entre ambos.

En los siglos vii y vi a. de C. los griegos están por todas partes. Sus más avanzados, los focenses, fundan Masalia en el 600 y se han instalado en Ampurias y en Mainaké.

Sus pretensiones van más allá del establecimiento de una factoría; pretenden crear un universo disperso de ciudades al otro lado del mar, cada una relacionada con una ciudad matriz y resultado de una consulta obligada al oráculo de Delfos y de una cuidadosa preparación a cargo del *oikistes* o fundador.

Magna Grecia denominarán a su futura y mayor conquista, en tierras que mucho más tarde formarán el reino de las Dos Sicilias.

Griegos por una parte y etruscos y neofenicios por otra, se enzarzarán en una serie de guerras con resultado alterno, pero con un tercer y único beneficiario la Roma que desde

que a principios del siglo vi se ha desembarazado del poder toscano, vencerá a Etruria, vencerá a Pirro y acabará borrando del mapa a Cartago, *delenda est Cartago*, tras los cien años de Guerras Púnicas, en el 146.

Al ocaso de ambos pueblos vencidos, griegos y cartagineses, contribuiría su desvinculación con las metrópolis. La nueva Fenicia no encontraría eco en el imperio aqueménida, nuevo manipulador de pueblos marítimos en Oriente, y aunque Grecia continental apoyaría contra etruscos y cartagineses como una prolongación de las Guerras Médicas, para el gran Alejandro sólo los grandes espacios orientales parecieron tener atractivo, perdiéndose así la primera y frustrada posibilidad viable de dominación monocultural del Mediterráneo.

Roma, unidad y bipolaridad del Mediterráneo

Roma, tras la caída de Pirro en Benevento (275) y de Cartago (146) es la dueña del Mediterráneo Occidental. Pronto tendrá la ocasión de hacer lo mismo en el Oriental donde las monarquías helenísticas, Macedonia, Siria y Egipto andan a la greña. Cinocéfalos en 197 había sido ya la cabeza de puente terrestre que Pidna completó (167 a. de C.), permitiéndole poner pie en el corazón del mundo griego. Habrá que esperar al 63 a. de C. para que Siria, con motivo del asesinato del rey del Ponto (ese otro mar vinculado desde antes que el Atlántico, desde tiempos de Troya, al Mediterráneo), el Ponto Euxino, se convierta en provincia romana.

Una guerra civil, entre Octavio y Antonio, y tras una batalla naval que muestra la vocación romana por el dominio completo del mar, Actium, inicia la ocupación de Egipto.

Aunque corresponderá a Septimio Severo en el siglo II después de la Redención el completar lo fundamental que quedaba en el norte de África, el Mediterráneo justifica plenamente su denominación por lo que al mundo romano se refiere. La *pax romana*, la tolerancia, la fides, el derecho común, y hasta el paisaje que generaliza la vid y el olivo, sustituyen la poesía de la aventura singular, de la poesía multifacética, por la prosa de las realizaciones y organización públicas. Sobre las ruinas del Atica surgen los lugares de esparcimiento públicos y junto al Salambó cartaginés el acueducto tunecino. Uniformidad práctica que convierte al mar en un *Mare Internum*, vía general de comunicaciones y dirección.

Para que se convierta en un auténtico *Mare Nostrum*, habrá que esperar al edicto de Caracalla del 1212 que concede a todos los habitantes dentro del *limes* la condición plena de ciudadanos, la *civilitas romana*.

El culto al emperador y luego el cristianismo, con su proselitismo universalista, intentarán unificar la faceta religiosa.

Oriente completó y Occidente unificó

Lo que los romanos crean por única vez en la Historia: la conversión de un mar de mares, de un mar de pueblos, en una unidad cultural y política, los romanos lo parten

con un criterio político, pero también histórico, en el que el centro insular lo constituye Malta, integrada, como a su civilización corresponde, en Oriente. En realidad Teodosio consagró con su reparto en el 395 una triple realidad: la ingobernabilidad del conjunto; la existencia de hecho de dos mundos diferenciados; la dificultad de regir desde Roma y Asia. El mundo único, pasa a ser bipolar.

La ruptura pretende ser equilibrada. Pero la *Pars Occidentalis* no tiene fuerzas para resistir a los bárbaros, y aunque de alguna forma el imperio no sucumbe, sino que se barbariza, y la cultura romana subyace y se constituye en base de resurgir de los nuevos pueblos, no se puede hablar de unidad, pese a los intentos de Justiniano por recuperar para Oriente todo el ámbito mediterráneo.

La civilización romana, en frase de André Pignaiol «no murió de muerte natural, sino que fue asesinada», y por ello sobrevive.

La bipolaridad de todas forma se mantiene aunque ninguno de los dos bloques sea propiamente romano. La separación de la Iglesia que se autoproclama ortodoxa, consagra la división, de forma parecida a lo que el cristianismo realizó con la unión.

Occidente romano, de Roma, en religión y en lo que le queda de cultura. Bizancio aglutina en realidad todos los elementos que eran extraños, herencia de culturas anteriores, pero manteniendo intacta su organización, su nombre y su pretendido significado.

La descomposión de Oriente será lenta y a manos de otra cultura que se manifestará en dos fases: la inicial, y la definitiva: el islam, para el que el Mediterráneo no era más que uno de los conocidos y dominables junto con el mar Rojo, el Caspio y el océano Índico, aunque fuese en él donde se desarrolló su verdadera aventura marítima.

Los árabes en el Mediterráneo

La unidad de las tribus árabes la culmina Mahoma en el 632. Unidad política y religiosa con grandes influencias del Mediterráneo judeo-cristiano pero sin proyección inicial marítima ni tan siguiera bélica.

El islam no incluye entre sus cinco pilares fundacionales la *yihad* o guerra santa. Será el califa Omar quien por razones de estabilidad interior, lance la temible máquina bélica de jinetes y camelleros beduinos, civilizados por los árabes, y más tarde a los bereberes.

El islam árabe se valdrá de esos pueblos primitivos y de otros como los almohades, benimerines y almorávides sudaneses. Para la conquista de Creta en el 825 utilizará nuevos creyentes andaluces; para la de Sicilia, tunecinos.

Aunque parcialmente acabará por sucumbir ante la violencia de esas fuerzas de choque, como sucederá con los fatimíes egipcios ante los turcos osmanlíes en una posterior etapa, conservará su primacía moral y honorífica, tanto en Occidente, como en Oriente.

En una primera fase el ataque será contra el cercano Oriente, al que en este momento parece estorbar la presencia griega, incapaz de conservar el orden interno y de rechazar las amenazas externas.

Las primeras conquistas árabes cuentan con su complicidad. Siria cae en manos musulmanas en el 634 y Egipto en 639. África del Norte desde la segunda mitad del siglo vII al principio del VIII y España se derrumba de un golpe seguida por las grandes islas, Sicilia, Córcega, Cerdeña, Chipre y Rodas.

Menos Asia Menor, salvada por Bizancio como auténtica patria, los conquistadores se apoderan de grandes extensiones y del espacio marítimo intermedio. Empiezan bordeando el mar, para luego conquistarlo.

El islam, sin tradición marítima, improvisaría un medio suficiente ante la práctica carencia de oposición naval: los butras, barcos de tablas unidas por cuerdas de fibra de palmera y sin clavos que les permitirían dominar el mar y los puertos: Alejandría, Palermo, Túnez, Bugía con sus bosques, Argel, Orán, Almería y Sevilla frente al Atlántico.

A finales del siglo IX, el avance se detiene. Bizancio recupera Creta posición fundamental de vanguardia, y poco después un pueblo marinero del Norte, los normandos conquistan Sicilia, marcando una pauta a seguir por Amalfi, Pisa y Génova que, de azote pirático del tráfico musulmán, pasan a convertirse en potencias agresoras mercantil y militarmente.

Hacia el año 1080, el mar pertenece a los rumí, a los cristianos. Las cuatro grandes Cruzadas serán su consecuencia, de 1095 a la de San Luis en 1270.

La idea de cruzada es una adaptación de la *yihad*, el disperso mundo cristiano-occidental se muestra unido políticamente por primera vez, formando bloque.

Pero esta unión no se mostrará lo suficientemente atractiva para los bizantinos, antes al contrario. Muchos historiadores actuales son de la opinión que la caída de Constantinopla se debió a la negativa del mundo griego a someterse a Roma, requisito imprescindible de las potencias occidentales para su socorro. Se prefirió su entrega a los turcos, que de hecho conservarían sus estructuras profundas, a los latinos. La memoria de la conquista de Constantinopla por los cristianos romanos, como desviación de la IV Cruzada, aún pervive en la memoria y en el rencor.

España, o los reinos que la llegarán a formar, progresa en su Reconquista y Aragón-Cataluña se perfila también como potencia mediterránea.

La pérdida de Constantinopla tendrá su compensación lejana en la de Granada que iniciará la proyección española hacia el norte de África, desposeyendo al islam del dominio de los mares de la *Pars Occidentalis*.

En este momento se produce la aparición en escena de otros mundos marítimos cuyo descubrimiento y conquista corren a cargo de las dos potencias ibéricas: Portugal y España, con resultados dispares.

El descubrimiento de la India por la ruta de África a cargo de Vasco de Gama, coge por la retaguardia al complejo mundo islámico en el océano Índico, con la consecuencia económica de hacer variar la ruta de los productos de Oriente.

El descubrimiento de América que por ahora no tendrá notables consecuencias, llegará a producir el efecto contrario: restará fuerzas a una potencia que ya apunta claramente contra el corazón enemigo, contra Istambul.

Con la muerte de Fernando *el Católico*, terminaba una decidida política de acción en el norte de África, desde el confín de las costas mediterráneas del reino de Fez, asignado a Portugal en virtud del Tratado de Tordesillas, hasta el de Tunicia al Este.

En el periodo de 1497 a 1510, habían caído en manos españolas las plazas de Melilla, Mazalquivir, Peñón de Vélez de la Gomera, Orán, Bugía y Argel, siguiendo lo que parecía un imparable avance hacia el Este, acompañado de la sumisión por parte de los reyezuelos locales de amplias zonas, con el fin de controlar desde estas bases y otras menores, una secular actividad corsaria.

Kara Demis

El estandarte verde del islam tiene mientras tanto en Oriente un nuevo valedor que utilizando del saber griego en materia naval, como antes hicieran otros imperios continentales, va a ir desposeyendo, paso a paso a los cristianos que, desde las Cruzadas, se han introducido profundamente en el Jónico y en el Egeo. No sólo Venecia, sino también Génova gozaban de monopolios comerciales que hacían valer desde bases militares como Chipre y y otras islas.

La caída de San Juan de Acre, último bastión en Tierra Santa, no había sino reforzado la capacidad naval de las ciudades italianas a las que se suma la Orden de San Juan que, desde Rodas, controla cualquier preparativo agresor, tanto desde Istambul, como desde El Cairo.

La caída de Constantinopla primero y la derrota del poder egipcio después a manos del sultán turco, permitirá lanzarse contra esta avanzada de Occidente que domina de hecho todo el Dodecaneso.

Rodas capitula en 1520; con esto y con promesas a Venecia, la Puerta consigue trasladar hasta línea de frente hasta las aguas del Adriático.

Esta feliz circunstancia viene a coincidir con el acceso al trono imperial de Carlos I de España, con lo que los esfuerzos prioritarios de esta nación se van a volcar en escenarios terrestres y lo que es mucho más grave, las dos naciones dominantes Francia y España, van a verse inmersas en sucesivas guerras con una consecuencia impensable: la alianza de Francia con Turquía y el renacimiento de la actividad corsaria norteafricana que someterá a las costas españolas e italianas a una atroz devastación de la que tardarán siglos en recuperarse.

Las coyunturales actuaciones del emperador y en especial la toma de Túnez, no supondrán sino éxitos cristianos pasajeros. El fracaso ante Argel, súbdito ya de la Sublime Puerta, convertirá a esta ciudad en lo que había sido Cartago para Fenicia.

Tras la victoria de Prevesa en 1538, casi todo les vuelve de nuevo a pertenecer y un nombre tan suyo, tan interno como *Kara Demis*, con el que se designaba al mar Negro, se aplica por extensión al Mediterráneo.

La reacción cristiana en forma de diversas ligas, de nuevo el proyecto de la cruzada, en este caso marítima, inspiradas por la Santa Sede, no será de utilidad ante la división

existente entre las potencias occidentales y la diversidad de intereses. Es el momento estelar del *Kara Demis*.

Durante el reinado de Felipe II se conseguirá frenar el avance turco en dos momentos estelares: 1565, defensa de Malta, constituida en avanzada de la cristiandad, como antes de 1520 lo había sido Rodas y Lepanto en 1571.

El cese durante cuatro años de la amenaza anual turca al Mediterráneo Occidental da un respiro a España en unas circunstancias que se convierten en críticas con motivo de la sublevación morisca entre 1568 y 1570 y que la hacen comprender lo que hubiera significado la revuelta de las Alpujarras, sincronizada con la invasión de una flota imparable.

En 1570, la amenaza turca contra Famagusta hace por fin posible una Santa Liga entre Venecia, el Papa, España y Malta. Su consecuencia al año siguiente, Lepanto, convierte la absoluta preponderancia turca en una situación de tablas a la que sucede la tregua de 1578 sucesivamente renovada que determinará la decadencia del poder naval otomano.

Lepanto defraudó muchas esperanzas; las de Roma de recuperar Tierra Santa, las de Venecia de llegar a una paz honrosa con el turco, las de España de dominar las soberanías berberiscas, pero supuso cerrar el terrible capítulo de la amenaza.

A partir de este momento cada submundo se desentendió del otro y se enfracó en sus propias rencillas para dar paso a un siglo XVII en el que, los holandeses irrumpen como nueva potencia a la fenicia, en el que Génova y Venecia, nacidas del contacto e incluso de la confrontación, decaen y el elemento foráneo y atlántico, representado por Cádiz, capital de la plata, en esta ocasión americana, parece revivir la época del Gadir de Argantonio.

En el siglo xvIII es zona francamente secundaria, aunque Inglaterra, tras arrebatar a Holanda su supremacía, se introduce con motivo de sus guerras con España y con Francia. Con ocasión de la Guerra de Sucesión española, se abre paso por Gibraltar y Menorca y la vieja entente hispano-italiana se desmembra; tras las guerras napoleónicas, la Malta de los Caballeros y el Egipto del primer cónsul, caen en sus manos, Chipre después.

En el siglo XIX, Francia, ya socia en adelante de Gran Bretaña, se reparte el mundo, lanzándose la primera a la ocupación colonial de las antiguas soberanías berberiscas. La crisis de Fashoda, no pasa de ahí y la apertura del canal de Suez, obra francesa pero bajo control inglés, consagra el predominio de las nuevas potencias occidentales ante una Turquía en crisis, cuya debilidad no puede cerrar el acceso al Mediterráneo de una nueva potencia extraña al ámbito: Rusia.

Durante las guerras mundiales Inglaterra resiste en el Mediterráneo para dar paso, durante y tras la guerra fría a su hija americana, a la que los medios tecnológicos y la diplomacia convierten en potencia dominante con flota permanente: la VI Flota.

Los países islámicos, salidos de la descolonización, se mantienen inestablemente gracias al petróleo propio y ajeno y el Mediterráneo vuelve de hecho a cambiar de nombre: *Mediterranean*, tan disperso, tan dividido por los factores de siempre y por otros nuevos.